

## Estudio local de la vivienda efímera rural en Acehúche (Cáceres) y su entorno

ANDRÉS F. SILVA CORDERO

Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

andres.silva@gobex.es

### RESUMEN

*Este trabajo establece una clasificación tipológica de las distintas variantes de vivienda efímera vegetal en el entorno de Acehúche (Cáceres). Ello sirve de pretexto para establecer una conexión entre la personalidad de la sociedad rural vigente hasta hace unas décadas, y que actualmente agoniza, con las primitivas comunidades que comenzaban a practicar una forma de vida sedentaria en el Calcolítico. Lógicamente, todo ello circunscrito a un aspecto de la vida tan concreto como la vivienda, observando la escasa evolución sufrida durante todo ese tiempo en contraposición a la rápida transformación de los modos de vida actuales.*

PALABRAS CLAVES: chozo, choza, vivienda, Acehúche, rural, vegetal.

### SUMMARY

*This paper examines the variety of temporary housing, built with vegetal materials, in the area of Acehúche (Caceres). A comparison is established between a rural society that was still thriving a few decades past, though now in the process of disappearing, with primitive Calcolithic communities at the outset of sedentary forms of life. Circumscribed, naturally, to the specific case of housing and the scant evolution of this aspect as compared to modern forms of life.*

KEYWORDS: hut, housing, Acehúche, rural, vegetal

*“Primeramente plantaron horcones, y tejiendo los vanos con ramas y cubriéndolas de lodo, formaron sus paredes. Otros, cortando tepes y secándolos, iban alzando paredes, trabadas con algunos maderos; y para guarecerse de lluvias y soles, lo techaban de cañas y hoja. Pero como estos techos no podían sufrir las lluvias continuadas, elevaron caballetes y cubrieron de lodo los techos inclinados, de modo que se iban desviando las aguas. Que todas estas cosas hayan tenido el origen referido lo podemos deducir de que aun hoy en día las naciones extranjeras hacen sus habitaciones de dichos materiales, como en Galia, Hispania, Lusitania y Aquitania, donde las cubren con tablillas de roble o con paja”.*

(VITRUVIO: *De Architectura*, Lib. II; Cap.1)

## INTRODUCCIÓN

Cuando el arquitecto, ingeniero y escritor Marco Vitruvio Polión redactó su tratado de arquitectura allá por el siglo I a. C., donde se planteaba el origen de las viviendas, poco podía imaginar la evolución y los cambios que irían sufriendo a lo largo de la Historia. Es más, del universo existente en torno al cambio de era hasta el mundo actual han sido tantos los cambios a nivel de lo material y de mentalidades que sería difícil hacerlos conjugar sin antes conocer los pormenores de la evolución sufrida.

En efecto, frente al casi inmovilismo secular y el lento devenir de la Historia, vivimos en el mundo de lo instantáneo, de lo desechable, donde las modas son fugaces y los productos tienen una fecha de caducidad muy limitada y una obsolescencia que se nos antoja casi programada de antemano. Lo que hace diez años era una vanguardia, hoy lo vemos antiguo, desfasado, fuera de lugar. Nos negamos a aceptar algo que, aun siendo perfectamente útil para los fines que perseguimos, ha sido superado en estética o prestaciones por el “último modelo” aparecido en el mercado global. Este mundo hipermaterialista en el que vivimos presenta una nueva vertiente que se manifiesta con desmesurada intensidad a la vez que una constante evolución al alza: nuestra supina ignorancia a la hora de manipular y alterar nuestro entorno si no es a través de un artefacto mecánico o electrónico. Nuestro analfabetismo funcional en lo tocante a la manufactura de los elementos que nos rodean es exagerado. Todo se compra, todo se intercambia y se convierte en accesible para todos, siempre hay una máquina que realiza lo que nuestras manos no pueden (o no saben) hacer, dando lugar a una globalización que desemboca inexorablemente en una manifiesta inutilidad funcional.

Es por ello que en este mundo de interdependencia en el que vivimos en nuestro siglo XXI nos sorprende sobremanera un estilo de vida donde impera el carácter autárquico de sus gentes, donde los individuos escogen lo que el entorno les ofrece y lo manipulan, lo transforman, lo mezclan hasta conseguir el producto final que necesitan. Por otro lado, estos conocimientos, que son adquiridos ya desde las más tierna infancia del individuo, se difunden y generalizan entre los integrantes de una determinada comunidad de manera que, aun existiendo una especialización en el trabajo y una diferenciación clara entre los distintos individuos, existen una serie de conocimientos comunes a todos ellos que los convierten en organismos altamente autónomos y con un elevado nivel de autosuficiencia. Esta solidaridad procedimental genera un devenir constante y fluido dentro de una sociedad, aunque paradójicamente es entorpecido por el escaso nivel de intercambio entre comunidades que exceden una determinada área de influencia. En efecto, el tráfico de conocimientos y técnicas compartidos por la comunidad choca con la idea de inmovilidad geográfica de sus actores, de manera que lo característico de un área será ligeramente diferente en la vecina, y así sucesivamente hasta comportar una serie de particularidades que lo definen como endemismo dentro de una determinada zona. Por increíble que parezca ante nuestros tecnologizados ojos, este “extraño” mundo ha constituido una fase evolutiva de la Humanidad que en muchas zonas, como la que nos ocupa, se ha desarrollado hasta hace no más de cinco o seis décadas.

En contraposición a lo arriba apuntado, hay que tomar en consideración que la idea de evolución tecnológica de un determinado aspecto está en íntima relación con la satisfacción de una necesidad concreta, y si ésta ha sido resuelta de forma óptima, aquélla pervivirá a lo largo del tiempo sin cambios sustanciales en el arquetipo inicial. En base a esta premisa, la evolución de un determinado modelo resolutivo de una necesidad se llevará a cabo fundamentalmente desde el punto de vista estético, tomando fuerza la idea de “moda”, de novedad con respecto a lo anterior, sin modificar la esencia básica del concepto.

Este planteamiento, aplicado a un aspecto de la vida tan básico como la vivienda de carácter efímero o temporal, presenta una serie de necesidades primigenias a tener en cuenta de cara a su construcción: el requerimiento básico de cobijo de la intemperie, la rapidez y facilidad en la construcción, la idea de portabilidad y rápido desmontaje, la disponibilidad de materiales estructurales y su fácil acopio, y por último la confortabilidad. En base a estos factores que determinan en primera instancia las características constructivas genéricas de una vivienda de naturaleza efímera, es factible la idea de atemporalidad de este tipo de construcción. En efecto, salvo los evidentes avances tecnológicos

tanto en materiales (elementos metálicos varios, nuevas fibras vegetales, etc.) como en técnicas (la iluminación mediante la reacción del carburo de calcio con agua, por ejemplo) o la aparición de nuevos utensilios y herramientas, la forma básica de construir viviendas temporales aparentemente ha evolucionado poco desde los grupos de cazadores-recolectores-productores semisedentarios del Calcolítico hasta las primeras décadas del siglo XX. Actúa aquí a la perfección el principio de que si algo funciona, no hay necesidad de cambiarlo.

De este modo, las características elementales de una vivienda efímera responden siempre a la satisfacción de una cuestión concreta: la planta circular u ovalada viene definida por la sencillez de ejecución e inexistencia de puntos débiles en su perímetro, la cubierta cupular o cónica se debe igualmente a su solidez estructural, mientras que los materiales utilizados en su construcción (esencialmente materias vegetales del entorno) responden a su asequibilidad, accesibilidad y facilidad de montaje.

Este principio de asequibilidad, accesibilidad y facilidad de montaje tiene asimismo su importancia, dado que una tierra históricamente pobre, alejada y mal comunicada con los polos de evolución y centros de difusión como es la Alta Extremadura corre el riesgo de estar más expuesta a un inmovilismo tecnológico que otras zonas mejor intercomunicadas. En base a esta falta de estímulo exterior, la casi autarquía secular en que ha vivido la zona que nos ocupa provoca que los materiales tengan que ser necesariamente accesibles, abundantes y fáciles de manipular con el instrumental disponible, mientras que las técnicas van a sufrir una casi total ausencia de evolución.

Pero frente a esta tradicional lentitud evolutiva, sucede que a partir de la época de postguerra y, sobre todo, de los años 50 del siglo XX, se produce una rápida transformación de los modos de vida por un lado, y de los materiales y técnicas usados, por otro. En efecto, cuestiones tales como el uso del cemento, la aparición de determinados materiales plásticos o elementos metálicos y, sobre todo, la introducción de los sistemas de iluminación y cocina mediante bombonas de gas, de alguna manera “revolucionan” la forma de vida de estas gentes y con ello también la forma de construir sus viviendas. Esta transformación acelerada tiene quizás su punto culminante en el acceso a los medios de comunicación de masas, esto es, primero a la radio y más tarde a la televisión (alimentada por baterías, en ausencia de infraestructura eléctrica). En este sentido, puede resultar curiosa la imagen que aparece en la fig. 2 -donde junto a la choza se aprecia la antena de recepción de televisión- como paradigma de dos mundos que confluyen. El acceso al “resto del mundo” trajo como consecuencia inmediata el anhelo de toda una gama de productos que en un mundo casi

estanco y prácticamente incomunicado con el resto ni tan siquiera se conocerían. De entre todos ellos, ocupan un importante lugar todos esos bienes de equipo que han provocado una rápida modernización de la explotación y del proceso productivo (vehículos, maquinaria, estructuras mejoradas y más prácticas, nuevos sistemas de protección contra inclemencias, y todo un sinfín de innovaciones).

Esta globalización a la que se enfrentó este mundo arcaico y elemental supuso su paulatina e inevitable desaparición. De hecho, fue la modernización del campo y de los sistemas de trabajo, junto con la mejora de los medios de locomoción, los que transformaron de manera radical el medio rural, y con ello el paisaje. En efecto, la pernoctación en el lugar de la explotación deja de tener sentido desde el momento en que el método de producción se moderniza y casi se industrializa, y a la vez se dispone de un medio de locomoción capaz de desplazar al trabajador hasta el núcleo urbano en un corto periodo de tiempo.

La rápida introducción y generalización de estos nuevos sistemas productivos y los cambios radicales acaecidos en la vida diaria de las gentes del campo ha provocado el rápido abandono de las viviendas existentes en el *ager* acehúcheño. En efecto, este “éxodo habitacional” puede fácilmente apreciarse tanto en lo concerniente a la vivienda efímera vegetal (chozos) como a ese otro tipo de vivienda más permanente ejecutada en piedra o ladrillo, de forma que es perspectiva habitual la visión tanto de pequeñas casas de labor como de grandes cortijos en franca decadencia o en ruina manifiesta. Así las cosas, en la actualidad son muy escasos (por no decir inexistentes) los ejemplares de chozos que aun quedan en pie en Acehúche y su entorno. Es por esto que el presente trabajo nace en un intento de plasmar un mundo y unos conocimientos que se enfrentan a una progresiva e inexorable desaparición. Hay que tener en cuenta que, a la par que desaparecen los chozos de la dehesa, también desaparecen sus constructores y el conjunto de conocimientos que atesoran, provenientes de un mundo donde la sabiduría se transmite de forma oral. Como si de una variante de la teoría evolucionista de Lamarck se tratase, esas capacidades que en otro tiempo se demandaban pero que ya no se necesitan ni se usan, desaparecerán en favor de otras nuevas y más adaptadas a los cambiantes modos de vida.

El presente artículo surge, pues, a modo de cúmulo de experiencias personales de la infancia de quien lo firma (aderezadas por innumerables conversaciones familiares, y con su inestimable ayuda y asesoramiento), que se hallan inmersas en un entorno que se afana por desaparecer a marchas forzadas para no perder el convoy de modernidad. En efecto, el carácter ágrafo de este reper-

torio de conocimientos que constituye el acervo cultural de la comunidad provoca que las fuentes de información deban ser necesariamente orales, y más concretamente, provenientes de los propios implicados o de quien mantenga en su recuerdo las experiencias o las destrezas asociadas. La no inclusión de fuentes secundarias para documentar el trabajo de campo viene determinada precisamente por eso y por su carácter localista, ya que el propósito es justamente resaltar las peculiaridades zonales de un tipo de vivienda que, por otro lado, es tremendamente común en el mundo rural de incontables zonas del globo.

#### **NATURALEZA DE LA VIVIENDA EFÍMERA VEGETAL**

En esencia, las cabañas de planta circular u oval fabricadas con materias vegetales responden a una tipología muy elemental y a la vez práctica, de forma que su modelo básico ha triunfado hasta el punto de que probablemente haya pervivido durante cerca de 5000 años, conformando quizás el modelo de vivienda artificial más longeva de la Historia.

Según el diccionario de la Real Academia Española, un chozo (o choza) y cabaña son sinónimos, y los define como:

*“Construcción rústica pequeña y tosca, de materiales pobres, generalmente palos entretrojados con cañas, y cubierta de ramas, destinada a refugio o vivienda de pastores, pescadores y gente humilde”.*

En efecto, y referidos a la zona de Acehúche, que es la que ocupa el presente artículo, el CHOZO es la vivienda campera tradicional de pastores y cabreros, construida siempre con lo que la naturaleza ofrece en su entorno, a saber: piedra, tierra y materias vegetales. Estos materiales varían de unas zonas a otras en función de la disponibilidad y accesibilidad, de forma que una misma variedad de chozo es susceptible de construirse con distintos tipos de materia prima. Ya se ha especificado más arriba que son viviendas cuyo fin último es proporcionar solución a un problema concreto, y ésta puede darse de múltiples formas. Son, por otro lado, construcciones de carácter disperso que tradicionalmente han conformado el paisaje rural salpicando cerros y valles sin crear nunca poblado.

Tan integrados estaban con el entorno que para la fauna circundante los chozos eran un elemento más dentro del territorio. Tanto es así que para muchas especies ofrecían un apetecible elemento de cobijo: ratones, pájaros, culebras, salamanquesas (*santo-rostros* que se les llama por la zona) y un sinfín de inver-

tebrados encontraban en ellos un lugar ideal para guarecerse del frío invernal y del implacable sol veraniego. Una vez abandonados (*avangadas* y *defandangadas* sus urdimbres), ocupan su lugar otros animales de mayor porte como conejos, tejones, jinetas y cualquier otra alimaña que pudiera encontrar acogedor y confortable la montonera de elementos vegetales en que se convertía.

Según las necesidades específicas de cada caso, los chozos presentan gran variedad de tamaños, formas y niveles de acabado, mientras que la disponibilidad de materiales en cada momento y zona implicará diferencias tipológicas y estructurales más o menos ostensibles. De hecho, y en función del uso, en una misma majada podrán convivir varios tipos de construcciones distintas, llegando en algunos casos a formar curiosas agrupaciones de chozos donde se incluye la vivienda principal de la familia, una segunda vivienda para los hijos o el abuelo-a, el chozo de fabricación de queso, el gallinero, el granero y los chiqueros donde pernoctan las crías de los animales. En relación con ello, el concepto de “majada” será siempre de carácter familiar, asociada a una única unidad económica de explotación. De hecho son extremadamente raros los casos donde se presente la convivencia de diferentes unidades familiares si no hay por medio una relación de parentesco directo (padres-hijos, o a lo sumo hermanos).

No obstante lo anterior, el concepto de vecindad estaba ampliamente difundido en este tipo de poblamiento, de manera que en los casos de asentarse sobre terrenos de propiedad pública o comunal, las diferentes majadas se situaban a escasa distancia unas de otras. Por decirlo de algún modo, se trataba de una suerte de poblamiento disperso donde aun manteniendo cierta intimidad, se estaba a la vista de los demás. Este rasgo viene definido, por un lado, por la propia búsqueda de privacidad familiar, pero también para evitar en la medida de lo posible la mezcla de animales de las diferentes piaras y rebaños, hecho que supondría un problema y una fuente de no pocas disputas y diferencias entre vecinos.

### **TIPOLOGÍA BÁSICA**

Si bien todas las chozas o cabañas poseen características parecidas en todo el mundo por presentar una ingeniería muy básica y una escasa tendencia a la innovación, cada zona ofrece una serie de peculiaridades que la distinguen, y que van en función de los materiales disponibles y su abundancia, la climatología y orografía, o el nivel tecnológico de sus constructores. Más si cabe, dentro de un mismo territorio, y según los usos y funciones a que se destinen, tendremos una variedad tipológica de construcciones que irá en función de las

necesidades. Como elementos comunes entre los distintos tipos cabe destacar su forma más o menos circular, y los materiales usados en su construcción. Antes de comenzar a describir los pormenores de su fábrica, ha de hacerse una diferenciación entre los distintos tipos de vivienda efímera tradicional:

- **CHOZO:** es el nombre genérico con el que se denomina toda construcción realizada a base de materias vegetales. No obstante, hay que matizar que en Acehúche y sus alrededores un chozo suele ser una estructura íntegramente realizada con vegetales, con una planta circular y un diámetro que suele oscilar entre el 1,5 y los 3 metros. Es de un tamaño menor que la choza, y suele usarse como vivienda unipersonal o más comúnmente como almacén (ya sea de alimentos o de aperos) o taller de elaboración. Su forma suele ser cupular o más inusualmente cónica. Su armazón se realiza a base de estacas de encina o acebuche y varas de retama, y su cubierta suele ser de bálago de centeno o retama. Presenta una pequeña puerta de acceso de madera con postigo de ventilación e iluminación que constituye el único vano existente, ya que carece de ventanas (fig. 1). Por otro lado, carecen de chimenea, por lo que el humo del hogar sale filtrándose a través de la techumbre vegetal, actuando el postigo de la puerta como “tiro”.
- **CHOZA:** es la estructura que se dedica a vivienda familiar por excelencia. Su técnica constructiva no difiere en esencia de la variedad anterior, si acaso el mayor esmero a la hora de los acabados o la mayor robustez de su estructura. Puede tener planta circular de hasta 4 ó 5 metros de diámetro, o planta ovalada si queremos obtener mayor superficie habitable. La cubierta es cupular en el caso de la planta circular, o cupular prolongada en el caso de la planta oval. Los materiales usados son idénticos al caso anterior. Posee una pequeña puerta de acceso de madera con postigo de ventilación e iluminación. Muy rara vez presenta algún tipo de ventana (fig. 2), y nunca chimenea.
- **CHOFARDO (o *chozardo*):** es el chozo que se construye con apremio e impaciencia, destinado a una necesidad más o menos urgente y sin pretensiones de perdurabilidad, por lo que su estructura es endeble y sus materias primas no son de primera calidad. El chofardo suele ser de pequeño tamaño y sin ninguna concesión a la estética ni alardes de ingeniería. En ocasiones carece, incluso, de *bardo* y *atierro*, y su cubierta puede ser cupular o cónica. Presenta una pequeña puerta de acceso de madera, normalmente sin postigo. Es muy común construirlo para su uso como gallinero o perrera (fig. 3). La denominación tiene

cierto carácter despectivo, por lo que también puede aplicarse a chozos más grandes mal contruidos o cuando su estado de abandono es evidente y avanzado.

- **GARITA:** fueron construcciones muy poco abundantes, y consistían en pequeños chozos portátiles fabricados por piezas. Se realizaban íntegramente en bálago de centeno, y tenían una planta más o menos elíptica formada por cuatro partes: dos semicúpulas y una bóveda de cañón dividida en dos por la cumbrera. Eran transportables, y se ensamblaban en el lugar elegido, anclándose al suelo con estacas. La parte central (bóveda de cañón) se ensamblaba de forma que una cumbrera quedase sobre la otra, mientras que las dos semicúpulas se encajaban a la primera. Como antes se apuntó, eran construcciones inusuales, de pequeño tamaño, y normalmente relacionadas con una trasterminancia a pequeña escala, en la cual el pastor duerme junto al lugar donde se ubica el corral para albergar el rebaño. La puerta solía ser también de bálago de centeno o, en algunos casos, de madera ligera.
- **HORMA (*jorma*):** este tipo de construcción supone una evolución significativa con respecto a las anteriores, ya que introduce un nuevo material: la piedra. Debido a ello, técnicamente no es una vivienda efímera, si bien esta variante tradicionalmente ha convivido con los restantes tipos hasta el punto de mezclarse en una misma majada ambos habitáculos, por lo que forma parte de una misma realidad. Estructuralmente, estas construcciones se sirven de una zócalo de piedra con una altura variable entre el 1 y el 1,5 metros sobre el que se sustenta la cubierta. Su planta es muy variable, pudiendo ser circular, cuadrada, rectangular, rectangular con ángulos curvos, etc. (fig. 4). En función de la forma de la planta, su cubierta será cónica, o a dos aguas. Habitualmente sólo presenta un vano de acceso, presentando ventana sólo en los casos de ejemplares de mayor tamaño. La salida de humos será, al igual que los chozos, por transpiración de la cubierta, presentando sólo en contadas ocasiones chimenea de fábrica. Este tipo de vivienda constituye un híbrido entre el chozo y la casa, dándose la circunstancia de que muchos ejemplares que empezaron teniendo techumbre vegetal han terminado por disfrutar de tejado.
- **CHIQUERO:** se construye exclusivamente para refugio de animales, más concretamente crías de cabra y oveja, y se incluye aquí porque su técnica constructiva es básicamente la misma que la de los chozos. Se diferencia del resto en su tamaño (no más 2 m. de diámetro y aproxima-

damente 1,5 de altura) y en sus acabados, bastante más burdos. Se construye usualmente de retama o de jara, esta última más abundante y fácil de trabajar, pero de un entramado menos tupido y, por tanto, menos impermeable y resistente al frío. El chiquero y el chofardo son construcciones técnicamente parecidas y de usos similares, mas el primero es exclusivo de crías asociadas a la explotación económica, mientras el segundo se asocia más a los animales domésticos o almacén. El vano de acceso es reducido, lo suficiente para que un animal de pequeño o mediano porte pueda acceder, mientras que una persona ha de hacerlo agachada. La puerta suele ser un tablero de madera sobre el que se apoya al exterior una piedra (de este modo el animal encerrado no puede salir).



**Fig. 1:** típico chozo circular, en este caso ciertamente *avangado*, y presumiblemente abandonado



**Fig. 2:** chozas de planta oval formando una *majá*.



**Fig. 3:** chozo pequeño o *chofardo*, en este caso destinado a gallinero (obsérvese el tablero-puerta situado a la izquierda del vano de acceso, así como el “minicho” para las gallinas cluecas )



Fig. 4: horma de planta circular y cubierta cónica.

#### RUDIMENTOS Y TÉCNICAS PARA SU CONSTRUCCIÓN

A la hora de construir un chozo (entendiendo por ello una construcción genérica, sin efectuar diferenciación tipológica concreta), la primera cuestión importante que debe tenerse en cuenta es la elección del emplazamiento. Ha de ser un lugar seco y aireado, y también con cierto dominio visual del entorno, ya que desde las inmediaciones ha de controlarse la explotación. La puerta comúnmente se ubica a espaldas de los vientos dominantes, es decir a saliente o a mediodía, lo que evitará asimismo buena parte de los fríos invernales y el azote de la lluvia. Si el terreno presenta irregularidades o algún tipo de pendiente, previamente ha de explanarse y nivelarse, ya que en aras de la estabilidad de la construcción resultante, ésta debe quedar equilibrada y simétrica. Los materiales utilizados en su construcción serán:

- Estacas secas de olivo, acebuche o encina (según disponibilidad) de 1'20-1'40 m de altura.
- *Retamones* verdes (cuanto más largos mejor), o varas de olivo o acebuche.

- En caso de chozas de planta elíptica, tres vigas de encina: una recta para la cumbrera y dos con *gajá* para sostenerla.
- Juncos secos, bálago de centeno y retama verde (según disponibilidad).
- Cuerda (de esparto y de pita). Antiguamente se usaba cáscara de torvisca trenzada.

En un principio ha de elegirse el centro de la futura choza y decidir el radio que presentará, teniendo en cuenta que al ser una estructura hemiesférica la longitud del radio será también la altura máxima de la vivienda. Esto es importante, pues el espacio resultante ha de tener unas dimensiones acordes con el nivel de confortabilidad requerido, de tal manera que se pueda deambular erguido por la mayor parte del espacio posible. Una vez decididas estas cuestiones y trazada la circunferencia de la choza sobre el suelo, se señalará la ubicación y dimensiones del vano de acceso para, posteriormente, dividir la circunferencia en varias partes iguales cuya longitud máxima no excederá de 50 cm. Comenzando por los futuros quicios de la puerta, se clavarán en el suelo las estacas de olivo, acebuche o encina en los puntos señalados en la circunferencia, de manera que los intervalos sean regulares.

Una vez afianzadas en el suelo las estacas, se comenzarán a colocar las *latas* (varas de olivo, acebuche o retama que conformarán el armazón del chozo), que serán lo más largas y flexibles posibles, pues habrán de alcanzar la clave de la cúpula. Inicialmente se dispondrán en vertical amarrándolas fuertemente a las estacas clavadas en el suelo, para posteriormente ir curvándolas por parejas opuestas hacia el centro, de manera que la cúpula quede simétrica. Si no llegan hasta la clave por ser demasiado cortas, pueden empalmarse dos varas atándolas con cuerda o torvisca trenzada.

Si, en cambio, la choza es de planta oval, se comenzará clavando firmemente dos postes de encina o acebuche con *gajá* de manera que queden enfrentados el uno al otro, para posteriormente colocar sobre ellos la viga que hará de cumbrera. Esta estructura soportará buena parte del peso total de la choza, por lo que deberá ser robusta y resistente. Después se trazarán en el suelo dos semicircunferencias exteriores cuyos ejes serán los postes anteriormente clavados, de manera que al unir los extremos de dichas semicircunferencias quedará trazada una planta oval (o rectangular con ángulos redondeados) que será la que tenga la choza en un futuro. Posteriormente, y como en el caso anterior, se clavarán estacas a intervalos regulares de no más de 50 cm, dejando

el espacio reservado para la puerta en la parte central de uno de sus lados mayores. Este último aspecto implica que la planta ha de haber sido trazada teniendo en cuenta los anteriormente citados aspectos de orientación propicia. Seguidamente, se atarán las *latas*, de manera que en los extremos se formen sendas semicúpulas y en la parte central algo similar a una bóveda de cañón (fig. 5).



Fig. 5: dos chozas, una terminada, y la otra sólo con las *latas*

Una vez erigido el armazón principal de la choza (tanto las circulares como las ovaladas), se comenzarán a colocar más *latas*, pero esta vez en horizontal, de manera que la urdimbre final debe quedar con forma de retícula de no más de 50x50 cm. Realizando un vulgar símil con el globo terráqueo, serían los paralelos y los meridianos (fig. 5). Los vértices de las retículas resultantes se afianzarán fuertemente con cuerda o torvisca para que el armazón soporte sin deformarse todo el peso de la construcción, aun cuando por efecto de la lluvia la cubierta esté empapada de agua y multiplique su peso. En este momento se colocará en su sitio la puerta, pieza separada de la que se hablará más adelante

Terminado el “esqueleto” de la vivienda, llega el momento de revestirla de *monte* para conformar las paredes y la cubierta. Para ello se usa bálago de centeno o juncos secos y humedecidos (secos para que su volumen no dismi-

nuya con el tiempo, y húmedos para que no se quiebren al atarlos y/o flexionarlos), agrupados en pequeñas gavillas que se irán colocando unas junto a otras formando una especie de “cortina” alrededor de toda la zona baja del armazón. Esta primera capa se coserá a la urdimbre de *retamones* con cuerda de pita o corteza de torvisca trenzada para que no se mueva. Una vez terminada la primera capa se colocará otra nueva sobre ella, de manera que el extremo inferior de esta segunda capa coincida aproximadamente con la parte central de la primera. Seguidamente se coserá esta segunda capa de la misma manera que la primera (fig. 6). Para evitar que se desprendan pajas hacia el interior de la vivienda una vez habitada, en los casos en que era posible se forraba previamente el armazón de la choza con papel o rafia, reutilizando para ello los sacos de pienso para el ganado una vez vacíos. La parte superior se dejaba sin forrar para no bloquear la salida de humos, ya que estas construcciones carecen de chimenea, y la expulsión del humo se realiza a través de la cubierta por filtración.



**Fig. 6:** detalle de la colocación de las capas de bálago con las latas de fijación

Seguidamente se construirá el *bardo*, una suerte de zócalo o friso de aproximadamente un metro de altura que rodeará por completo la choza. Proporciona estabilidad y resguardo del frío a la construcción (no puede olvidarse la circunstancia de que la zona de dormitorio se situará sobre las paredes interiores de la choza), a la vez que evita la labor de zapa proveniente tanto de

animales domésticos (gallinas, cerdos, etc.) como de conejos o alimañas. Para realizarlo se clavarán en el suelo una serie de estacas (parecidas a las que se utilizaron al principio de la construcción para asentar la estructura) alrededor de toda la circunferencia o elipse de la choza a intervalos regulares de 30-50 cm. La separación de estas dos circunferencias concéntricas será de unos 30-40 cm. El espacio entre ellas se rellenará con ramas de retama en posición horizontal, entrelazando los tallos de unas con las hojas de las otras, de manera que termine siendo un zócalo compacto y continuo. Posteriormente se apretarán y aplastarán manualmente las capas de retama, añadiendo más material si fuera necesario hasta darle la consistencia requerida (fig. 7). Este elemento requerirá labores de mantenimiento periódico, ya que al secarse la retama disminuirá su volumen y habrá que añadirle más capas para mantener la altura original. Una vez en funcionamiento la vivienda, las estacas servirán como colgadores (si además terminan en forma de horca o *gajá*, podrán acoger el doble de cosas) y la parte superior del bardo es un lugar ideal para que las gallinas ubiquen ahí sus niales (mullido y fuera del alcance de potenciales depredadores).



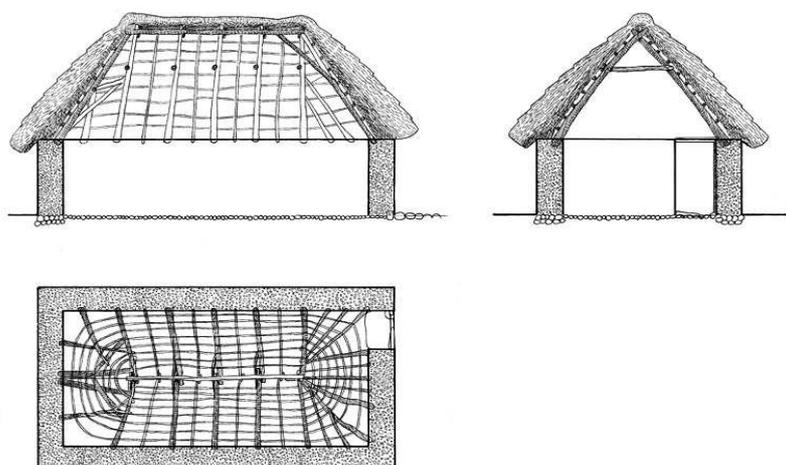
**Fig. 7:** esquema de las partes que forman parte de un chozo típico

Una vez construido el *bardo*, se continuarán colocando sucesivas capas de bálago o juncos usando idéntica técnica a la descrita hasta cubrir la totalidad del armazón, procurando que la zona de la clave de la cúpula o la cumbrera del chozo quede bien cubierta y tupida, ya que es la más vulnerable a hipotéticas filtraciones de lluvia. Si no se dispone de bálago o juncos, esta capa interior de la cubierta también puede realizarse con retama, si bien en estos casos quedará un interior menos estético. Para la capa exterior de la cubierta se suelen utilizar pequeñas gavillas de retama, comenzando a colocar capas desde la parte superior del *bardo* hacia la clave de cúpula o cumbrera de manera que las hojas queden hacia abajo y los tallos se engarzen con el bálago o los juncos, aunque sin llegar a perforar la capa. A su vez, estos tallos quedarán cubiertos bajo las hojas de la capa inmediatamente superior. Al igual que con las capas interiores, la capa exterior de retama ha de ser más densa en la parte alta para que no haya goteras. Por último, para evitar que el viento, los animales y el paso del tiempo comiencen a *defandangar* el chozo, se colocan de manera más o menos concéntrica una serie de *latas* exteriores cosidas al armazón de la choza (fig. 6 y 7) que apuntalarán convenientemente la cubierta y convertirán al chozo en un elemento compacto imposible de mover.

Para finalizar, se construirá el *atierro*, que consiste en una pequeña zanja perimetral de 30-40 cm de ancho y poco menos de profundidad cuya tierra se irá amontonando sobre la parte inferior del *bardo*, de manera que éste quede levemente soterrado (fig. 7). Posteriormente, sobre esta tierra se colocarán lanchas de pizarra hasta cubrirla, de manera que tanto a los animales como al agua de lluvia les sea imposible socavar y deteriorar la parte inferior de la choza.

Una variedad de chozo muy común en estas tierras es la horma (*jorma* en el dialecto de la zona), que se diferencia del resto básicamente por la introducción de un nuevo elemento, la piedra, merced a la existencia de un zócalo o basamento sobre el que se apoya la cubierta (fig. 4 y 8). Este zócalo, con una altura variable pero que rara vez supera el metro y medio, está realizado en pizarra en seco o trabada con barro, y puede presentar un variado elenco de formas. En efecto, las plantas de las hormas pueden ser circulares, ovaladas, cuadradas, rectangulares o irregulares, teniendo la mayor parte de ellas en común la existencia de un único vano de entrada y rara vez ventana. Sobre las paredes se apoyaba el entramado de vigas de encina o acebuche que constituían el armazón de la cubierta, que será cónica o a dos aguas en función de si la planta de la vivienda es curva o angular. Transversalmente a las vigas principales se colocarán las *latas* que, como en el caso de los chozos tradicionales, serán *retamones* o varas de acebuche atados con cuerda o torvisca. Actuará

como cumbrera (en los casos de cubiertas a dos aguas) una gran viga de encima. Posteriormente se cubrirá este armazón con bálago de centeno, juncos o retama, utilizando idéntica técnica a la descrita en los casos anteriores, para finalizar colocando más *latas* en el exterior para afianzar el *monte* y evitar que lo descoloque el viento.



**Fig. 8:** alzados y planta de una horma rectangular

Respecto al vano de acceso, en cualquiera de las variantes de chozo descritas con anterioridad se fabrica con madera, con una altura de 1'5 m o poco más (figs. 2 y 5), disponiendo de un postigo que aporta iluminación al interior a la vez que ventila y actúa de tiro para la lumbre. Se aborda su exposición por separado porque constituye una pieza aparte, móvil. De hecho, teniendo en cuenta el carácter efímero de este tipo de viviendas, se aprovecha de una construcción para otra, pudiendo pasar -incluso- de una a otra generación. En efecto, al contrario que el resto de materiales con que se construyen los chozos, las puertas (si están bien construidas) no son perecederas y pueden durar muchos años, constituyendo el elemento más valioso de la construcción. Para que esta puerta no se descuadre con el paso del tiempo, se construye junto con un robusto marco rectangular cerrado por sus cuatro lados, incluyendo el que actuará como base, de tal manera que en todos los casos, la puerta de la choza

presentará un pequeño escalón de entrada. Este escalón, aparte de dar estabilidad a la forma de la puerta, actuará asimismo a modo de barrera entre el interior de la vivienda y el exterior. En los chofardos la puerta es de menor calidad, pero también de madera. En los casos de chofardos que actúan como refugio de animales, o en los chiquereros, el vano de acceso es de menor tamaño (no más 70-80 cm), y consiste en un tablero móvil (sin marco) ligeramente mayor que el vano, el cual se reclina sobre la estructura y se afianza con una gran piedra apoyada en el exterior que hace de tope (fig. 3).

En lo referente al interior de estas viviendas, a los ejemplares más modernos de chozos se les dota ya de un suelo con cemento, aunque el solado tradicional se ha realizado habitualmente a base de lanchas de pizarra pegadas con una mezcla de excrementos de vaca u oveja, tierra y ceniza, mixtura esta que adquiriría unas propiedades comparables a cualquier mortero en cuanto a dureza y perdurabilidad. En los casos en que el terreno tenía las características propias, o las previsiones eran de construir una vivienda provisional no permanente, el solado se limitaba a una capa de tierra apisonada, aumentando su consistencia con la humectación periódica de la superficie. En los casos de uso como almacén, taller o aprisco, el suelo se limitaba a tierra nivelada y apisonada.

En cuanto a la distribución interior, sólo en algunos casos de grandes hormas y chozas elípticas existía cierta compartimentación interior a base de cortinajes, si bien lo normal es que sólo exista una división tácita de espacios. Así, los laterales se reservaban para zona de dormitorio, cuyas camas se componían de cuatro estacas clavadas en el suelo las cuales soportaban una suerte de catre construido con madera sobre el que se colocaba el colchón. Las zonas de cabecero y piecero se destinaba a “ropero”. En el lugar central del espacio se situaba el hogar, delimitado por piedras sin trabar, cuya lumbre prácticamente perpetua servía para proporcionar calor a la estancia y para cocinar los alimentos. La zona opuesta a la puerta era el “comedor-cocina-despensa”, donde se situaban las reservas de agua (el poyo de los cántaros), el menaje, la mesa para comer y las viandas almacenadas (fig. 9).

Debemos matizar que, si bien el mobiliario era escaso y austero en casi todos los casos, los niveles de confortabilidad eran ciertamente dignos en muchas ocasiones, dependiendo claro está del nivel adquisitivo de cada familia. En cuanto a las condiciones de habitabilidad, contrariamente a lo que se pueda pensar, solían ser espacios relativamente cómodos, calientes en invierno por la presencia continua de fuego y los escasos vanos existentes, así como notablemente frescos en verano por el tipo de materiales y la ya citada parqueada de vanos. No obstante, el “talón de aquiles” de los chozos o cualquier otro

tipo de vivienda vegetal era los frecuentes incendios que sufrían pese a la preocupación de sus moradores por evitarlos. En efecto, por mucho celo que se tenga, la combinación del fuego y materias vegetales secas provocaba que estas viviendas fueran muy inflamables, habida cuenta de que el fuego debía ser mantenido incluso en verano para cocinar. Desgraciadamente, los incendios de chozos eran algo bastante frecuente, sobre todo durante la canícula, suceso este que solía suponer la pérdida de la mayor parte de los muebles y enseres de que disponía la familia, hecho por tanto notablemente oneroso. Superado ese primer trance luctuoso, se construía un nuevo chozo en un breve espacio de tiempo, por lo que el ciclo se reinicia.

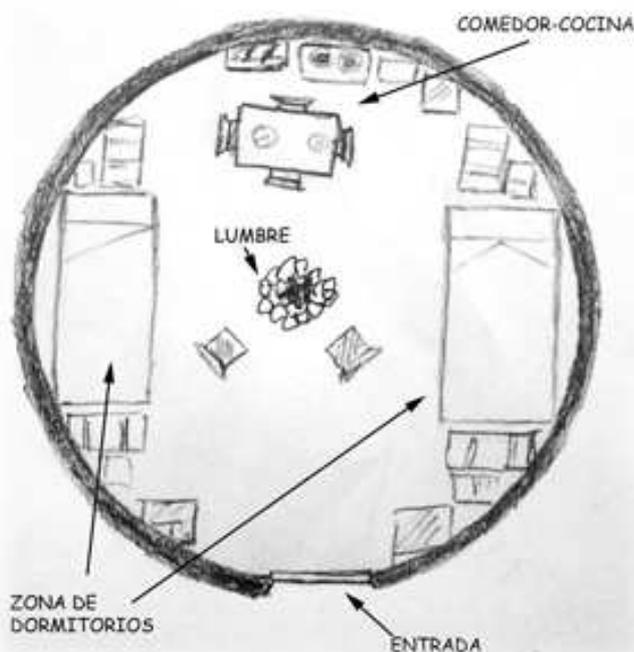


Fig. 9: esquema de la distribución interna típica de una choza

### TERMINOLOGÍA VERNÁCULA ASOCIADA

Se incluye aquí un pequeño elenco de palabras que designan partes, materiales o circunstancias relacionadas con la construcción y la propia existencia de la vivienda efímera rural en Acehúche. En unos casos son palabras más o menos usadas en el resto de Extremadura, en otros son términos comunes a nivel comarcal, mientras que algunas son exclusivas de Acehúche. En cuanto a su origen, la mayor parte de ellas probablemente sean pervivencias lingüísticas medievales que en el idioma español oficial están en desuso o han evolucionado. Es esta posible falta de evolución lo que ocasiona que algunas de ellas puedan emparentarse con el vecino idioma portugués, aun sin necesidad en muchos casos de que tengan relación de dependencia.

- **Atierro:** capa de tierra procedente del surco practicado alrededor del chozo, la cual se apoya sobre el bardo. Sirve para evitar la entrada de agua y humedad al interior de la choza, y también para impedir el socavamiento producido por los animales.
- **Avangado:** palabra de posible origen portugués. Se usa para describir la curvatura de algo por efecto de la gravedad. Designa al chozo que por efecto de su peso, de defectos estructurales, o del abandono, se hunde o inclina hacia un lado (fig. 1).
- **Bardo:** refuerzo de *monte* a modo de zócalo que se construye rodeando el chozo para darle firmeza, estabilidad y aislamiento del frío exterior. También evita la labor de zapa tanto de alimañas como de los propios animales domésticos.
- **Defandangar:** significa algo parecido a destrozarse, deshacer algo que está hecho. Se aplica al chozo que por el desuso o nulo mantenimiento comienza a perder su cubierta vegetal.
- **Gajá:** terminación de un poste o vara en forma de Y, de manera que pueda encajarse en él una segunda pieza perpendicular. Es sinónimo de "horca". Los postes con *gajá* se usan para sostener la viga cumbreira en las chozas de planta oval, o para sostener el catre.
- **Monte:** denominación genérica de la materia vegetal utilizada para la cubierta del chozo. Puede ser de cualquier tipo cuyas hojas o tallos sean de tipo acicular (forma de aguja).
- **Latas:** varas de olivo, acebuche o retama que conformarán el armazón del chozo. Se denominan así tanto a las que se colocan en vertical como a las horizontales. También se llaman *latas* a las usadas en el exterior

para sostener las capas de *monte* y evitar que se muevan por acción de la gravedad o los elementos.

- Retamones: son los tallos de las retamas. En los ejemplares viejos pueden alcanzar varios metros, y su curvatura natural los hace ideales para construir la estructura cupular o abovedada de un chozo. Conforman las *latas* de la choza.
- Torvisca: arbusto de pequeño porte (*daphne gnidium*) y tallos finos cuya corteza, muy fácil de extraer, se ha usado tradicionalmente para fabricar cuerda debido a su flexibilidad.